

CAPÍTULO VI

LA EDAD MEDIA

Costumbres populares y eclesiásticas

OSCURO y caótico es el período de la Edad Media que se inicia en el siglo V y termina en el XV. Las crónicas redactadas en los monasterios deben ser analizadas con atención para poder distinguir la verdad de la mentira. Todo el poder estaba en manos del clero y de la nobleza. Recién en el siglo XI el pueblo comenzó a agitarse por la libertad. Conservó una buena parte de las costumbres paganas y honraba a algunos dioses lúbricos, que podemos ver esculpidos en las catedrales cristianas. En la catedral de Amberes se conserva una reliquia llamada "Saint-Prépuce" un raro fetiche cristiano que recuerda el culto a Priapo. En Bélgica y Francia del Norte, hombres y mujeres trabajaban desnudos en el campo durante el verano, y no admitían que fueran moralizados por monjes hipócritas. Los flamencos del siglo XII partían en procesiones de Maestricht a Lovaina; estos "paseos" no eran inferiores a las saturnales y bacanales romanas; las mujeres, con el cabello suelto y casi desnudas, bailaban en rueda, lascivas. Los baños de Flandes eran dignos de las termas de Roma; los libertinos de ambos sexos se encontraban allí. Los monasterios mixtos tampoco servían para otra cosa; en el siglo XIII los monjes fueron separados de las "monjas". La vieja calle romana, que arrancaba de Bolonia, a través de Reims, hasta Flandes y Colonia, fue denominada la Calle de los Sacerdotes, por la que pasaban ejércitos, monjes y ramera.

Acerca de las costumbres clericales de la Edad Media, se conservan bastantes anécdotas verídicas, que evidencian cuán relativa era su austeridad. En el concilio de Reims, Luis IX acusó a los sacerdotes de sodomía. Bondael, en su panfleto flamenco *Niwe Doctrinael*, condena la poligamia de los clérigos, mientras que a las monjas les reprocha "las estrechas faldas, tan estre-

chas que parecen desnudas". El autor describe la corrupción que reinaba entre las mujeres flamencas y sus prácticas secretas, con el fin de evitar las consecuencias de sus lubricidades. Las mismas costumbres son descriptas por Le Musuit en lo que respecta al país valón. El clero era tan ignorante que muchos prelados, no sabiendo escribir, firmaban con una cruz. Los clérigos que sabían escribir tenían el hábito de borrar los manuscritos de Cicerón, Salustio y otros autores latinos, escribiendo encima biografías de santos. Muchos de esos manuscritos, llamados *palimpsestos*, fueron posteriormente restablecidos en su forma original.

Obras antiguas fueron destruidas en el incendio de Constantinopla, provocado por los Cruzados en 1204. Los bárbaros han destruido menos que los cristianos. Los monumentos romanos eran pulverizados con una enfermiza alegría. De esta manera, San Martín de Tours atravesó Galia, derrumbando los templos y demoliendo las hermosas estatuas de mármol de los antiguos dioses; lo mismo procedió San Trofim con las pequeñas estatuas del anfiteatro de Arles.

La crueldad de los reyes y sacerdotes cristianos no era inferior a la de los paganos. Clovis estrangulaba con sus propias manos a los adversarios, aunque fueran parientes cercanos. El polígamo Chilperico torturaba a las víctimas antes de matarlas. Los cánones de la Iglesia impedían a los sacerdotes derramar sangre; por eso mataban a los enemigos con una maza. Así procedía el obispo de Beauvais, Felipe de Dreux, célebre por sus saqueos y crueldades. En el siglo XI "los herejes eran despazurrados, desollados y empalados". Constanza, la esposa de Roberto el Piadoso, arrepentida en la vejez después de haber llevado una vida desenfrenada, quemaba vivos a los maniqueos; a su ex confesor, el monje Esteban, lo hizo empalar; a otros les destrozó el pecho y el vientre con tenazas candentes...

La historia condenó severamente a un Tiberio, a un Nerón, a una Mesalina. Pero los licenciosos verdugos de la Edad Media aún no son conocidos todos. La mujer del obispo Priscus salía con sus sirvientas para forzar las puertas de las celdas monacales. El obispo Cautin se emborrachaba de tal manera,

que había necesidad de cuatro hombres para levantarlo de la mesa. La viuda del cruel obispo de Mans, Bodegésila, en su furia sádica "cortaba a los hombres las partes naturales, a la vez que la piel del abdomen, mientras que a las mujeres les quemaba con un hierro al rojo las partes secretas de su cuerpo".

En vano intentó Carlomagno frenar la lujuria del clero. Él mismo tuvo nueve esposas, de las cuales se despojó sin motivo serio alguno. A sus hermosas hijas las casaba a su capricho, manteniéndolas a su lado; éste sería un indicio acerca de sus relaciones incestuosas. Un prefecto del palacio ejercía, por su orden, vigilancia sobre los miembros de la familia imperial.

Pi y Margall, en sus *Estudios sobre la Edad Media*, describe las costumbres de esta época en Europa. Reproducimos un resumen de su punto de vista: "En la sociedad predomina, en general, una prostitución desenfrenada, una repugnante avidez, una crueldad espantosa. La prostitución no es solamente tolerada, sino legalmente sancionada. Ella tiene en cada reino sus estatutos, en cada aldea su casa, en cada ciudad su templo. La prostitución forma parte integrante del ejército y se extiende hasta los confines de la Tierra Santa; arrastra en pos de sí el incesto, la bestialidad, la sodomía... Explota el aislamiento de los monasterios en beneficio del adulterio, teniendo como directora a una priora." Estas conclusiones de Pi y Margall son confirmadas por los hechos. Una ordenanza de Juan II, conservada en los archivos de Sevilla, establece que muchos conventos llegaron a convertirse en lugares de desenfreno; ramera de oficio se ocultaban bajo el hábito de monjas. El artículo 31 de dicha ordenanza les prohíbe el tráfico bajo la forma de asociación religiosa, siendo enviadas a los lugares donde se practicaba "el desenfreno público". En una tragicomedia de Rojas, *La Celestina* (del fin del siglo XV), se encuentran detalles sobre las costumbres libertinas de España.

Las obscenidades esculpidas en las catedrales corroboran que el arte pagano consagrado a Venus y Príapo fue mantenido por voluntad del pueblo, al oponerse a la castidad obligatoria, que el cristianismo medieval ha querido imponer en Europa central y meridional. Las esculturas realistas que adornaban los por-

tales y las columnas de las catedrales constituía, quizá, una estigmatización de los pecados de los grandes dignatarios civiles y eclesiásticos; o, mediante esas esculturas, el pueblo reclamaba el derecho de comportarse del mismo modo. Por aquel entonces la catedral constituía la única tribuna pública.

La Torre de Nesle. La Corte de los Milagros

La Torre de Nesle se elevaba a 25 metros de altura a orillas del Sena, frente a la torre de Louvre. Fue derrumbada en 1663. La leyenda de esta torre ha servido a Alejandro Dumas para una novela célebre. Es un símbolo de las orgías principescas del Medioevo. Esta torre habría sido la residencia secreta de tres hermosas princesas: Margarita de Borgoña, Juana de Poitiers y Blanca de la Marche. Ocultas detrás de las ventanas enrejadas, acechaban a los estudiantes que frecuentaban el barrio, eligiéndose cada una a uno de ellos, enviaban un paje que los entretenía con palabras melifluas y doradas promesas. Los tres elegidos eran luego conducidos al castillo; las princesas los recibían graciosamente, prodigándoles un opíparo menú en una sala fastuosa. Cuando los vinos, en los cuales habían sido disueltos ciertos polvos excitantes, producían su efecto, los estudiantes eran acompañados a otra sala —una especie de tocador—, donde se iniciaba la orgía. Y al retirarse, los huéspedes caían en manos de unos esbirros que no tenían otra función que apuñalarlos, para meterlos luego en una bolsa cosida y arrojarlos al Sena. En las noches subsiguientes, escenas semejantes se repetían con otros amorosos universitarios.

Históricamente se ha establecido que estas tres princesas fueron juzgadas ante el Parlamento por adulterio. Margarita y Blanca fueron condenadas a severa reclusión, por haber tenido como amantes a caballeros que estaban a su servicio. Fueron torturadas para declarar “que cometieron el crimen de adulterio, por espacio de tres años, en los lugares más sagrados”. Con motivo de este proceso, muchos miembros de la nobleza fueron comprometidos y, secretamente, condenados a la pena capital. Luis el Hutin, rey de Francia y esposo de Margarita, desean-

do casarse con una primita, Clemencia de Hungría, determinó que Margarita fuera asfixiada entre dos colchones.

Esta leyenda de la torre de Nesle evidencia, en todo caso, el poder arbitrario de los reyes y príncipes de la Edad Media. La lujuria del pueblo era cruelmente castigada, mientras que la del clero y de la Corte se desarrollaba libremente. Todo deseo del monarca era satisfecho. No solamente sus deseos bestiales. Cualquiera era ahorcado o decapitado si el rey tenía o no serios motivos de queja. Una palabra bastaba para que cualquier mujer fuera puesta a disposición del déspota real, quien, en comparación con el César romano, era como el chacal frente al tigre.

Si la torre de Nesle constituye un símbolo orgiástico de la Corte real de Francia, la Corte de los Milagros de París es el símbolo de los desenfrenos populares. Cuando llegó a su apogeo, la Corte de los Milagros formaba una ciudad dentro de la ciudad, con leyes propias; era un barrio sustraído a la policía real, donde de noche se refugiaban todos los pordioseros que, durante el día, explotaban la piedad de los parisienses. Muchos eran enclenques y algunos de ellos "fabricados" para las necesidades de la causa. Allí radicaba el centro de la prostitución abyecta; la turba del desenfreno venal constituía una sección denominada "ribaudie", gobernada por una especie de rey, según reglamentos especiales. Una larga lista de calles, hoy desaparecidas, nos muestra que los centros de prostitución se encontraban en todos los barrios de París. Algunas calles llevaban nombres como: *Puits d'Amour, du Poilecu, de Merderie, Chapon, Putigneuse*, etcétera. En el siglo xv París contaba con seis mil rameras públicas. Las "ribaudies" habíanse instalado también en Francia del Norte, donde la prostitución era más tolerada que en el Sur. En algunas regiones el libertinaje público era bien organizado. Las ferias de Beaucaire atraían a muchas gentes que deseaban divertirse a sus anchas. En Aviñón, el estatuto de la prostitución había sido redactado por la reina Juana de Nápoles. De acuerdo con el lugar y las costumbres, las rameras profesionales pagaban cierto impuesto, que cobraba el señor feudal. Como vasallas de los príncipes, las prostitutas

estaban sometidas a ceremonias públicas, tan repugnantes como ridículas. No obstante, los "reyes" y "reinas" prostitutas disfrutaban de consideraciones especiales, y hasta sabían mantener una respetable apariencia.

Al regresar de Palestina, Luis IX intentó en vano suprimir los lugares de desenfreno, exilando a las ramera. Su ordenanza de 1254 quedó solamente como un documento interesante. La Corte de los Milagros fue, en verdad, un foco de corrupción. Los niños eran víctimas de la lubricidad y llegaban a no distinguir más el bien del mal. Pero en el mundo de los señores feudales, la moral tampoco se respetaba. Dentro de la nobleza se practicaba el incesto más o menos abiertamente y en todas las formas. Los clérigos no se encontraban en condiciones inferiores. Había, sin duda, excepciones. Un famoso predicador, Foulque de Neuilly, apareció en medio de la muchedumbre entregada a los placeres corporales en el bosque de Vincennes, cercano de París. Su prédica impresionó a varias mujeres, que se retiraron, internándose en el convento de Nuestra Señora de los Campos. En 1190, en este raro convento, los varones igualaban el número de las mujeres reclutadas entre las ramera. De esta manera, la lubricidad sabía darse rienda suelta bajo la máscara religiosa.

La bestialidad, esto es, las relaciones físicas con animales, se practicaba mucho en la Edad Media. Investigando en las carpetas del Parlamento, se podría comprobar que todos los seres eran apropiados para semejantes aberraciones sexuales. También se podría constatar que muchos culpables de bestialidad fueron condenados a muerte. Los animales "profanados" también eran sacrificados, porque se temía que pariesen monstruos mitad hombre y mitad bestia.

También la sodomía estaba difundida en aquel tiempo; la inversión sexual no es una "invención" moderna. Se toleraba la prostitución como una función pública, por haber sido considerada como un dique de contención contra la inversión. Un cronista, Juan Vitry, escribe que la sodomía estaba tan difundida, que el hombre "que mantenía una o varias concubinas era considerado como un hombre ejemplar". Las prostitutas, supers-

ticiosas, para poder conservar su clientela, adoraban a Magdalena como su patrona. Iban en peregrinación a la iglesia de la calle Jussienne, llevando diezmos, encendiendo cirios y escuchando misa. En una vidriera de la iglesia, Magdalena aparece en una barca, con la pollera levantada, preparándose para pagar al botero el derecho del pasaje.

Los ejércitos medievales eran seguidos por numerosas mujeres. El cronista Godofredo estima que, en 1180, el rey de Francia fue seguido por 1,500 concubinas. El número de las mujeres enroladas bajo la bandera de los capitanes varía de acuerdo con el éxito de la expedición. Carlos el Temerario, en 1475, condujo en Suiza dos ejércitos: uno compuesto de hombres y el otro de mujeres. Los cruzados imitaron a los mahometanos; tenían verdaderos harenes llenos de esclavas, compradas en los bazares del Oriente. En vano intentó Luis IX restablecer las buenas costumbres en los cuarteles. En lo que respecta a los caballeros que hacían el amor platónico a las señoras y doncellas de los castillos, se resarcían ampliamente por cuenta de las criadas y campesinas. La hospitalidad concedida a los caballeros en las granjas o castillos, llegaba hasta la "provisión de sus lechos". Esto es resabio de la vieja tradición de la prostitución hospitalaria.

El ocultismo erótico de la Edad Media

En la Edad Media el hombre creía en Dios y en su poder sobrenatural; pero también creía en el Diablo, cuyo poder era superior al divino. En las narraciones referentes a las manifestaciones satánicas, es difícil distinguir la parte real de la imaginaria. La creencia en Satanás, que podía hacer uso de los elementos naturales, era real; algunos individuos inteligentes aprovecharon esta creencia. Entre los hechiceros había explotados y explotadores. La autosugestión desempeñaba un gran papel en las manifestaciones públicas del poder satánico, precisamente en esos aquelarres donde se reunían toda clase de oprimidos: la plebe de las ciudades, los siervos del campo, los herejes y los prófugos. Posiblemente, en el fondo, esos aquelarres no

constituían más que reuniones de revoltosos que deseaban escaparse por algunas horas a la tiranía feudal y eclesiástica, disfrutando de la vida con diabólico frenesí.

Los hechiceros, horriblemente torturados, hicieron declaraciones acerca de esos aquelarres. Pero la verdad está mezclada con supersticiones e imaginaciones. El "sábado" se realizaba en un lugar retirado, en las ruinas de algún castillo, en el fondo de un bosque, al lado de un cementerio o de un patíbulo. Una hora antes de medianoche, los brujos y las brujas comenzaban a llegar de todas partes, cabalgando escobas. Después aparecía Satanás, un ser con cuernos, no bien lo invocaba una hechicera desnuda; al comienzo, era un pequeño animal que, paulatinamente, crecía hasta que se convertía en un macho cabrío gigantesco. Los nuevos reclutas eran presentados al Diablo. Al prosternarse, renegaban de Dios, renunciaban a la fe y prácticas cristianas, y juraban fidelidad al príncipe del Infierno. (Este acto constituye una revuelta evidente contra el dogma eclesiástico.) Los neófitos besaban después la mano izquierda, la boca, el pecho de Satanás. "El gran homenaje" a Lucifer se manifestaba cuando sus servidores le besaban las nalgas, donde estaba pintada la "máscara de una figura humana". A cada uno se distribuían polvos y brebajes mágicos. Luego se profesaban terribles blasfemias. Todos se comprometían a guardar su secreto. Después que Satanás elegía las mejores muchachas y doncellas, el resto de las mujeres eran presas de los brujos. La ronda frenética se desarrollaba con acompañamiento de tambores y flautas. Los "poseídos", unidos espalda con espalda, sin poderse ver, desnudos, con los cabellos al aire, daban vueltas algún tiempo. Después se emparejaban al azar. Tras de un breve descanso, esa zarabanda se reiniciaba hasta que se oía el canto del gallo, y cada uno, agotado por la voluptuosidad y la danza, regresaba a su casa.

El aquelarre tenía mucha semejanza con algunos misterios antiguos y con ciertas prácticas orientales. Parece ser la continuación del culto a Pan, que los celtas practicaban en bosques seculares, como protesta contra el catolicismo que había arraigado en su país. Alrededor del rito sabático, el pueblo agregó

escenas de canibalismo, masacres de niños y otras monstruosidades. Es posible que en esos tiempos sanguinarios hayan ocurrido también actos de venganza bajo el impulso de las supersticiones satánicas.

La misa negra

Allá por el año 1300 apareció "la misa negra", una parodia de la misa eclesiástica, a la cual se agregó más tarde el sacrificio de un niño recién nacido. Los creyentes de este culto negro se confesaban, haciendo alarde de sus crímenes reales o imaginarios. Competían en las exageraciones confesionales. El hombre que hacía el papel de Diablo oficiaba en vestimentas sacerdotales, sobre las caderas de una hechicera agachada, distribuyendo la hostia hecha de nabos negros, llamada *confarreatio*. Pronunciando palabras mágicas, Lucifer recibía después la adoración de los fieles, incitándolos a toda clase de crímenes. Las blasfemias contra Dios tenían un eco terrible. Se arrojaban trozos de una rana todavía viva al rostro de los adeptos, mientras que la hostia hurtada a una iglesia era profanada. Después de la misa seguía un banquete: se servían los restos de los niños que habían fallecido sin ser bautizados y diversas inmundicias.

Es cierto que la misa negra se ha celebrado después del Renacimiento hasta la Revolución Francesa. Aún hoy tiene fieles. Sin embargo, es dudoso comprobar si en la Edad Media se llevaron a cabo semejantes ritos satánicos. Los documentos existentes no contienen pruebas decisivas relacionadas con las reuniones sabáticas; ningún hechicero fue sorprendido en flagrante delito de aquelarre. Recién en el siglo xvi, adoradores del Diablo fueron implacablemente perseguidos: "Todos nuestros presos—escribía el juez de Lancre—estaban convencidos que no concurrían a las reuniones de los aquelarres cuando estaban despierotos." Esta frase quiere decir mucho. Se sabe que, antes que los brujos y las brujas concurrieran a un aquelarre, se friccionaban con pomadas que contenían opio, belladona, cicuta, polvo de grillo, hachich, sustancias narcóticas que provocan un sueño profundo y pesadillas. De esta suerte, muchos de los

que a medianoche no habían abandonado su lecho, afirmaban, al despertarse, que habían asistido al aquelarre. Los jueces querían destruir “el espíritu del mal” y, en sus interrogatorios, procuraban sorprender la *profanación* de parte de los herejes en las prácticas y mandatos bíblicos y eclesiásticos. Las prácticas satánicas tienen un carácter simbólico y son generalmente antitéticas a las costumbres cristianas. En lugar de *Ite missa*, en la liturgia negra se decía “vaya al Diablo”; en los banquetes sabáticos se servía carne humana y pan sin sal, precisamente porque el Levítico (II, 13) ha prescrito la sal en todas las ofrendas.

El aquelarre implica, pues, la orden contraria a las cosas divinas. Los cojos caminan mejor que los demás, los enclenques y ancianos bailan mejor, y en lo que respecta a las relaciones sexuales, el incesto es la regla esencial: “Para que alguien sea buen hechicero, tiene que haber nacido de madre e hijo.” Las aberraciones fisiológicas son frecuentes en los satanistas. Cuenta Boguet que la bruja Antida Colas de Betaucourt tenía “un orificio más arriba del ombligo” para el uso del Diablo, siendo la parte natural reservada al marido. Satanás, para poder satisfacer sus pasiones, adquiere todas las formas, cambiándose de sexo; prefiere a las mujeres casadas, para acrecentar el pecado por el adulterio. De acuerdo con algunas hechiceras, como Juana, el semen del Diablo es frío y estéril. A veces, debido a su unión con moribundos (cf. Tomás de Aquino, *Summa theologiae*, 51, 3, ad. 6) da lugar a nacimiento de monstruos. De este modo se explica el origen de los semidioses de la antigüedad, de los cismáticos, de los herejes, que no son más que encarnaciones satánicas. El aquelarre termina con el cantar del gallo, cuando se inician las primeras oraciones cristianas, y las brujas, con el pensamiento puesto en el próximo “sábado”, se despiertan transportadas a sus viviendas.

De todos estos detalles, que los jueces arrancaban mediante torturas a los desafortunados poseídos por el “espíritu del mal”, se pone en evidencia cierto simbolismo contra el simbolismo cristiano. Un investigador imparcial tendría qué preguntarse si esos “sumarios” de hechicería no son sino obra de imaginaciones desarregladas y de sugerencias enfermizas.

Incubos y Súcubos

En la Edad Media no solamente el pueblo, sino también muchos hombres “ilustrados” creían en los incubos y súcubos, es decir, en las visitas nocturnas del Diablo, que tomaba forma masculina o femenina, y hasta ambas al mismo tiempo. Esta creencia es mucho más antigua, por estar en relación con la mitología. El cristianismo atribuyó al Diablo los sueños eróticos, fantásticos y las pesadillas sexuales. Los incubos y súcubos se manifiestan principalmente entre las monjas. Las víctimas elegidas por el demonio eran objeto de sueños incoherentes, temblando y sudando por el temor bajo el peso satánico sobre sus pechos. Algunas de esas víctimas llegaban a desprenderse de las visitas nocturnas del Diablo conservando un prudente silencio; otras, en cambio, soportaban graves suplicios en las horas de la lubricidad infernal. El mismo Lutero, el dirigente de la Reforma, creía en incubos. Él escribió: “El Diablo tiene poder para atraer hacia sí a las doncellas y concebir diablillos.” ¡Cuán supersticioso era el pueblo en aquellos tiempos!

“Los filtros de amor” se practicaban mucho en la Edad Media. Se creía en la posibilidad de obtener favores amorosos por intermedio de operaciones mágicas, por ciertas palabras y toda clase de brujerías y figurines de cera; los que se oponían al amor eran atraídos por invocaciones y embrujos. Cualquiera podía convertirse en dócil o resistente al acto sexual, conforme a la invocación de la hechicera. Ella sabía, por ejemplo, servir al amante infiel cierta “hostia de amor”, preparada sobre la espalda de la mujer codiciada. El efecto era irresistible, porque la “hostia” o confitura de amor comprendía también sustancias afrodisíacas.

Gil de Rais

El ocultismo erótico de la Edad Media culmina con Gil de Rais. Alquimista, literato, filósofo, era una mezcla de “Barba Azul” y de Fausto, quien creía en la posibilidad de las relaciones entre el hombre y Satanás. Nieto de Guesclin y biznieto de

una mujer apodada "Juana la Loca", Gil de Rais, posiblemente, ha heredado sus inclinaciones sádicas. Casado joven con Catalina de Thouars, conoció a Juana de Arco en la corte de Chinon, en 1429. Poseído de una especie de entusiasmo místico por la doncella de Orleáns, la sigue por todas partes, desde el sitio de Orleáns hasta el proceso de Ruán. Frente a Carlos VII aparecen ambos: ella tenía 23 años; él, mariscal de Francia a los 24. Hoy, de acuerdo con algunos documentos, se pone en tela de juicio la muerte de Juana de Arco en la hoguera; si esto se comprobara, entonces podríamos suponer que Gil de Rais fue su salvador.

Retirado en sus dominios de la Baja Bretaña, el mariscal llevaba una vida fastuosa. Su biblioteca estaba repleta de libros raros, la guardia tenía carácter principesco, mientras que su clero particular vestía indumentarias doradas, tocadas de joyas. Su hospitalidad fue famosa; era también generoso con los poetas y sabios. En las piezas de teatro, estrenadas en el castillo, hasta los partiquinos que desempeñaban el papel de pordioseros estaban ataviados como reyes. No obstante, Gil de Rais viose obligado a empeñar sus reliquias, a vender sus castillos y propiedades rurales al duque de Bretaña, Juan V, y al obispo de Nantes, Juan de Malestroit. Necesitaba oro, mucho oro. Después de rogar vanamente a Dios, se dedicó a la alquimia. Los hornos espagíricos ardían en todas las casas que le habían quedado: en el fondo de los crisoles no se veía ni un trocito de oro. Gil se dirigió entonces a los magos. Sacerdotes, "hacedores de milagros", como Blanchet, Nicolás de Médicis, Roger de Bricqueville, desfilaron uno tras otro.

De esta manera es como Gil de Rais llegó a convertirse en uno de los adeptos de la magia negra. En un cuadro cabalístico evocó a los cuatro demonios: Barron, Satanás, Belial y Belcebú. A cambio de la ciencia y del oro, les ofreció todo, salvo su alma y su vida. Debido a la autosugestión, le parecía algunas veces que alguien corría sobre el techo... los demonios no se dejaron intimidar por las invocaciones de Gil. Finalmente, les ofreció el corazón, las manos, los ojos y la sangre de un niño. Aun así, Satanás no apareció. Los sacrificios de niños se multiplicaron. Uno tras otro, los niños desaparecían de las aldeas, siendo sedu-

cidos por brujas venales. Esas criaturas eran torturadas y sacrificadas en aras de los poderes infernales. De los documentos procesales resalta la horrible crueldad de Gil. Al ser las pequeñas víctimas aterrorizadas y semiahorcadas, las llevaba a un estado de inconsciencia. Previamente, el verdugo satisfacía la sed de su lujuria en el cuerpo de los niños. Después abría su vientre, sacándoles las vísceras aún palpitantes. En las carnes ensangrentadas cometía todas las monstruosidades, todas las locuras de una desenfrenada sexualidad, en una sala baja, cercana al altar, de donde se podía oír bien la misa cantada para el eterno descanso de las almas de los niños masacrados. De esta suerte, desaparecieron 140 niños, hasta que, tras una blasfemia perpetrada en la iglesia, Gil de Rais pudo ser arrestado con la autorización del rey y del papa por el obispo Juan de Malestroit. Ante los jueces, declaró que “se regocijaba más por las torturas, por las lágrimas, por el terror y la sangre que por cualquier otro placer”. El tribunal eclesiástico y el civil lo condenaron a la horca y a la hoguera. Su ejecución tuvo lugar en 1440, cuando Gil de Rais tenía 36 años de edad.

Un investigador de la talla de Salomón Reinach pone en tela de juicio la culpabilidad de Gil, mientras que Hernández, al publicar los documentos del proceso, intenta demostrar que el proceso no es más que una monstruosa intriga de los dos enemigos del mariscal de Rais: el duque de Bretaña y el obispo de Nantes, quienes tenían prisa de entrar cuanto antes en posesión de toda su fortuna. Pues Gil, o bien ha sido víctima de una herencia mórbida que culminó en increíbles hechos, o bien fue víctima de unos perversos adversarios, dotados de tan desenfrenada imaginación que pudieron urdir los horribles documentos del proceso de 1440.

La Roma papal. Juana, la papisa

En el Apocalipsis del Nuevo Testamento se habla de la “Gran Ramera”. Los reyes de la tierra conocieron su pasión; con el vino de su desvergüenza se emborracharon los hombres. Esta mujer está sentada sobre una fiera purpúrea de siete cabezas

y diez astas. Está adornada con oro y perlas. Tiene en la mano una copa llena de los horrores e infamias de su lujuria. Sobre su frente está escrito: La Gran Babilonia, madre de las desvergüenzas y atrocidades terrenales. "Y he visto a esta mujer embriagada con la sangre de los santos y con la sangre de los testigos de Jesús." (*Apocalipsis*, XVIII, 1-7.).

De acuerdo con la predicción del Apocalipsis, la "Gran Ramera" debía haber perecido ya en los primeros tiempos de los cristianos. Se creyó después que la Gran Prostituta era la Roma imperial anticristiana. Los sectarios, los herejes y reformadores de la Edad Media vieron en la Roma papal a la Gran Prostituta: la fiera purpúrea es el colegio de cardenales que elige los papas. La copa de oro es el dinero acumulado mediante el tráfico de las indulgencias. La "desvergüenza" del Apocalipsis no es otra cosa que la lujuria del clero, desarrollada cínicamente en la Ciudad Eterna. "La sangre de los mártires y santos" ha sido abundantemente derramada por quienes no se prosternaban ante los dogmas papales. La Rosa católica se parece ampliamente a la "Gran Prostituta" del Apocalipsis por sus procedimientos sangrientos, por la tiranía de las conciencias y por su hipocresía. Roma ha sido la capital de la corrupción religiosa de la Edad Media. Se podrían extraer numerosas pruebas precisamente de las obras de los escritores católicos. El jesuita Madeu escribe: "De capital del imperio de Cristo, ella (Roma) llegó a ser el reino del desenfreno, la patria de las prostitutas... donde los servidores del altar pasaban rápidamente al lecho de la desvergüenza... donde los más infames proxenetas eran los confidentes de los prelados y príncipes eclesiásticos." Testimonios similares traen Pico de la Mirándola, Oliver Maillard, Felipe y Santiago ante los concilios ecuménicos, y también desde el púlpito. "Uno de los más grandes insultos de aquellos tiempos era echar en cara a alguien el pecado de su padre o de su madre llamándole hijo de cura." (*Dom.* 4, Cuadrag., fol. 105).

Todo el tiempo que duró el poder temporal de los papas, la prostitución pagó tributo a la Santa Sede. Los vicarios podían obtener el derecho de pecar, cometiendo adulterio durante ciertos meses del año o durante todo el tiempo de su vida. "Todo es

común entre nosotros —decía el Canon—, incluso las mujeres.” También existía una tarifa para rescatar los pecados: las blasfemias, los sacrilegios, la usura, la sodomía, las violaciones, los incestos, las brujerías, la profanación de los cementerios y la explotación de los lupanares. Todo podía ser perdonado mediante las Indulgencias. Por nueve libras se podía obtener el perdón del adulterio. ¡Después que el pecador pagó, se sentía en paz con su conciencia! La Roma papal constituía un foco de injusticias. Se decía: “Quien visita Roma, pierde la fe”... Cuando la Santa Sede fue trasladada a Aviñón, el desenfreno aumentó. Petrarca decía en 1326: “Mientras que en la gran Roma no había más que dos agentes comisionistas de desenfrenos, en la pequeña ciudad de Aviñón hay once.”

Entre los papas de Roma es conveniente nombrar a Juan VIII, que era una mujer. Bartolomeo Sacchi, bibliotecario del Vaticano, publicó en 1479, por orden de Sixto V, una *Historia de la vida de los Papas*. En este libro se involucra también la vida de Juan VIII, sucesor de León IV. Este pretendido papa era una mujer bien dotada, nacida en Inglaterra (según otros en Maguncia); realizó serios estudios en Atenas y, debido a su extraordinaria ciencia, subió al trono pontifical en 855. Habiendo quedado en estado de gravidez después de sus relaciones con un sirviente (o dignatario), la papisa Juana dio a luz en medio de una procesión cerca del Coliseo. Se dice que falleció inmediatamente después de haber alumbrado o que fue ultimada en el acto. Ocupó la silla apostólica durante dos años, un mes y cuatro días. Sacchi afirma que, después de este incidente, en la elección de un nuevo papa, éste se sentaba en cierto sillón perforado que permitía se le verificara el sexo.

Los historiadores bordaron muchos cuentos en torno a Juana, la papisa. Diversos autores de los siglos XI, XII y XVI admiten haber ella existido. Los secretarios papales como Teodorico de Niem, inquisidores como Bernardo Guy, ofrecen análogos testimonios. Sixto V arrojó al Tíber una estatua de Juana y su hija. En el siglo XV la basílica de Siena contenía los bustos de todos los papas. El busto de Juana llevaba la inscripción: *Juan VIII, mujer*. El cronista Mabillon lo vio antes de ser alejado por Cle-

mente VIII. Evidentemente, los escritores católicos niegan la realidad de la papisa Juana. Ellos crearon confusiones al mezclar los datos para hacer creer que Juana, la papisa, es un personaje legendario. Ella sería un mito popular que recuerda la influencia de unas princesas florentinas del siglo IX, relativo a las elecciones pontificales. Sin embargo, los testimonios de los viejos cronistas revisten más importancia que las apreciaciones de los modernos historiadores católicos; éstos se niegan a ceder argumentos en favor de los puritanos, que ven en la Roma papal la encarnación de la "Gran Ramera" del Apocalipsis.¹

¹ También algunos sexólogos modernos dudan si lo de la papisa Juana es verdad o leyenda. El médico M. de Garabain escribe en este sentido (en *El Sol* de Costa Rica, 26. V. 1958): "Con arreglo al Derecho canónico, para ser papa sólo se requiere la condición de cristiano y la virilidad indiscutible... Una vez hecho el escrutinio de los sufragios cardenalicios del Cónclave, ni se queman las papeletas en la chimenea de la Capilla Sixtina con el fin de anunciar el nuevo Pontífice (gracias al humo blanco resultante) al pueblo de Roma congregado en la Plaza de San Pedro, ni las paredes vibran al grito jubiloso de "Papa habemus!" antes de que el Gran Camarlengo haya sometido al prelado electo al más importante, a la par que humillante e irreverente examen. Ignoro si es en la llamada *Gedia Gestatoria*; pero habría un sillón de plata maciza —cuenta la leyenda— en cuyo asiento habría un orificio lo bastante amplio y accesible a la mano del Camarlengo, como para que éste pudiera comprobar dicha masculinidad, según la fórmula: *habere testes benae pendentes*. Cuando en el Congreso de sexología de Viena, hacia el 1926 ó 27, en presencia del gran Freud, de Adler, Marañón y todos los demás famosos endocrinólogos y sexólogos del mundo Stefan Zweig hizo hincapié en la citada leyenda, afirmé que era totalmente falsa; y recuerdo que los circunstantes aprobaron mi parecer y, más que nadie, el mismo Arzobispo Primado de Viena".

¿Se trata, en el caso de la papisa Juana, de una "confusión de sexo"? El Dr. de Garabain puntualiza que "la cosa es que no basta con tener testículos, sino que es preciso tenerlos *benae pendentes*, "bien colgantes". Y cita este otro caso: "Cuando un toro mató al más fornido y valiente de los picadores españoles en la Plaza de toros de Madrid, se descubrió, ante el asombro universal que, en realidad, era, había sido, una mujer. Lo más sorprendente es que, armado sin duda de un clitoris peniforme voluminoso, su propia esposa había convivido veinte años con él sin percatarse de ello"... Refiriéndose a los caracteres anatómicos del hermafroditismo, el autor agrega: "Puede suceder que la costura escrotal no llegue a realizarse, que los bordes del *rafe* no se suelden en el feto. Esta anomalía, llamada hipospadias cuando es completa, fue la que, en grado menor, presentó al nacer el desgraciado rey Luis XVI. Es la que constituye la mayor parte de los casos de confusión de sexo."

Corti d'Amore

Al lado del grosero y cruel amoralismo sexual de la Edad Media; al lado del desenfreno de todas las clases sociales y de las sangrientas represiones de la tiranía religiosa, las instituciones llamadas "Cortes de Amor" pudieron prosperar. En determinados círculos aristocráticos, artísticos y guerreros, el amor ha sido idealizado; el instinto sexual fue sublimado hasta el misticismo de una "hermosa pasión". Las relaciones de exagerada cortesía entre ambos sexos constituían el código de la "galantería". Para agradar a su "dama", los reyes, los caballeros, los grandes dignatarios realizaban "hazañas" que recordaban las de los héroes homéricos. Las "damas" presidían los así llamados "tournois" (torneos) que habían reemplazado a los juegos circenses de la antigüedad. El amor de los poetas y de los caballeros era más bien místico que platónico; por eso algunos dudan de la existencia de Laura y Beatriz, las amadas de Petrarca y Dante; por el contrario, Fiammetta, musa de Boccaccio, ha existido en carne y hueso. La práctica de la "hermosa pasión" ocasionaba dificultades que se resolvían por las Cortes de Amor, integradas por caballeros, poetas y damas. Esas Cortes adoptaban resoluciones en las desinteligencias entre los amantes y sus mancebas. Las sesiones eran seguidas de procesiones fastuosas o "juegos florales", a los cuales el pueblo no era tolerado más que como espectador. A veces estallaba su revuelta, y los castillos de esos privilegiados eran devastados. Es fácil admitir que el amor es una cuestión de temperamento y que, en este sentido, el pueblo también tiene el derecho de amar. ¿Quién se atreve a decir hoy que "solamente los ricos pueden ocuparse del amor"? Para los que trabajan, el amor tiene que ser fuente de alegría y de estímulo.

Algunos de los decretos de esas Cortes son interesantes cuando no llevan el sello de la sutileza escolástica. En el siglo XII el amor era discutido con mayor inteligencia que hoy, cuando la esclavitud conyugal comienza a ser combatida por los adeptos del amor libre. Citaremos, como ejemplo, un "decreto" de 1174, que comprende la respuesta de la condesa de Champagne a la pregunta de si el verdadero amor puede existir entre el esposo y la

esposa: "Decimos y reafirmamos con el testimonio de los presentes que el amor no puede extender sus derechos sobre dos personas casadas. En verdad, los amantes se acuerdan todo en modo gratuito y recíproco, sin estar obligados por necesidad alguna, mientras que los esposos son forzados, mediante sus obligaciones, a soportar recíprocamente sus voluntades, sin negarse mutuamente nada."

Las sectas eróticas de la Edad Media

En este capítulo se podría plantear el interesante problema de la ética sexual en relación con las formas sociales y económicas de la sociedad en determinada época. Se podría, empero, admitir sin discusión alguna que el hecho sexual se halla fatalmente vinculado al económico, porque la lucha por la nutrición se basa también en el instinto de la reproducción. La naturaleza no reclama al hombre sistemas filosóficos, sino que le pide procrear para mantener la especie. Al dejar el hombre de procrear, el "problema económico" desaparece con él. La limitación voluntaria de los nacimientos no varía en absoluto esta verdad elemental. Pero podríamos preguntarnos si otra concepción acerca de las relaciones sexuales entre los seres humanos no determinaría la evolución humana en una dirección opuesta a la actual: la dominación y la explotación del hombre por el hombre o por el medio.

De los ejemplos más viejos podemos sacar conclusiones acerca del *determinismo erótico*. Entre los bretones, por ejemplo, se reunía un cierto número de hombres para la defensa recíproca. Las mujeres que formaban parte de ese grupo pertenecían a todos los hombres, mientras que los hijos eran de pertenencia de ambos sexos: de su suerte se ocupaba el medio social. Esos bretones creían, pues, que practicando la comunidad de las mujeres consolidaban su asociación.

Las sectas eróticas medievales practicaban el cristianismo primitivo; si bien su libertad sexual llegaba hasta la promiscuidad, esas sectas condenaban, sin embargo, el desenfreno y los excesos del clero católico. ¿Tal vez esto es una contradicción? La atenta

investigación de los documentos concernientes a los procesos de los herejes conducen a la convicción de que su erotismo se manifestaba simultáneamente con profunda fraternidad; entre ellos no había ricos ni pobres. Los sectarios anarcocristianos de la Edad Media predicaban la poligamia y la poliandria bajo diversas formas, pretendiendo liberarse tanto el espíritu como el cuerpo. Eran contrarios a los ayunos, a las expiaciones y suplicios rituales. Cada uno debía forjarse el paraíso sobre la tierra, procurando no molestar la libertad del prójimo. La llama espiritual debe arder libremente en el cuerpo humano, en la armonía de la Naturaleza, con sus bellezas y fatalidades, con sus manifestaciones temporarias y eternas, involucradas en el gran Todo, que no es otra cosa que Dios... Esta religión de la libre voluptuosidad tenía también un sustrato cristiano. Los sectarios eróticos de la Edad Media solían argumentar que Jesús, que vivió en la secta rígida de los esenios, comió y bebió en compañía de los pecadores y fue amigo de "hombres corrompidos". Ellos no se avergonzaban de su erotismo alegre y ligero, porque también practicaban las virtudes del cristianismo primitivo. El catolicismo ocultaba su erotismo mórbido bajo el velo de los misterios: él veía símbolos sexuales en todos los héroes de la tragedia del Gólgota. Todos los santos y santas católicos se hallan envueltos en el misticismo erótico. La creencia en la inmaculada concepción, al ser examinada de cerca, no es más que un culto erótico: es una *Mariolatría*, que no pueden ocultar el oscurantismo y la cruel santurronería del catolicismo.

Entre los famosos herejes se encuentra Tanchelin, que, en 1100, se radicó en Amberes, "la ciudad de los hijos de Príapo". Predicaba las ideas erótico-cristianas ya anteriormente expuestas, luchando también contra el clero que oprimía las conciencias, y contra los "burgraves" opresores del cuerpo. Era un digno predecesor de Juan de Leyda. El pintor Van Orley dejó un impresionante retrato de Tanchelin, cuya figura dionisiaca estaba encuadrada por el cabello trenzado y por una larga barba negra con hilos de oro. Lujosamente ataviado, tocado de perlas y diamantes, el profeta tenía muchos adeptos entre los descendientes morenos que ya se habían radicado en Amberes, mucho antes

que los rubios germanos. Estaba escoltado por tres mil hombres armados de sables. Tan grande era su poder de fascinación, que algunas mujeres se le ofrecían públicamente, abandonando a sus maridos e hijos. Para no ser molestado por sus numerosos oyentes, Tanchelin predicaba desde los techos de las casas o desde un barco pesquero alejado del muelle. Cuando aparecía, la multitud caía de rodillas. Embriagado por la adoración de sus fieles, "es perdonable por algunas de sus extravagancias bastante inofensivas. Igual que los demás mortales endiosados por sus hermanos, tenía que ser a veces triste y aun desesperado. Del triunfo pasaba al disgusto". (Georges Eeckhoud: *Les Libertins d'Anvers*.) De este modo, después de períodos de aislamiento y oraciones, reiniciaba en la misma ciudad de Amberes sus prédicas eróticas, exasperado por los anatemas papales. En 1122 fue encarcelado por orden del obispo de Colonia. Pudo evadirse. Se refugió en Brujas, donde su paganismo no tuvo éxito. Regresó a Amberes, donde tenía fieles amigos entre los comerciantes, pescadores y navegantes, listos para el saqueo cuando no ganaban lo suficiente para satisfacer sus robustos deseos. Tanchelin daba ejemplo de alegría y goce. Un herrero, Manasés, que había estado en la prisión con el profeta flamenco, organizó una especie de cofradía de doce hombres, imitando así a los doce apóstoles. Una discípula, que ejercía el papel de la Virgen, pasaba de un apóstol a otro "para fortificar sus vínculos fraternales", tal como escribían los monjes de Utrecht a su superior.

De Flandes, la herejía pasó a Holanda, amenazando a la cristianidad. El intendente de Amberes, Alaric, fue asesinado por Tanchelin mismo, por haber querido arrestarlo. Godofredo, duque de Brabante, lo embarcó por fuerza, expulsándolo con una galera a lo largo del Escalda. Un sacerdote fanático, que se encontraba entre los pasajeros, lo golpeó mortalmente. La secta pereció con Tanchelin en 1125, pero la herejía subsistió bajo otras formas. En el siglo XIII reaparece bajo la figura de Guillermo de Cornelis, que predicaba la vuelta a la caridad cristiana primitiva; distribuyó sus bienes a los pobres, y prefería la cortesana pobre a la matrona honrada pero rica. El pueblo lo adoró como a un nuevo Tanchelin. Sepultado pomposamente

en 1248 en Nuestra Señora de Amberes, sus restos fueron desenterrados tres años después por el obispo de Cambrai y quemados en la plaza pública.

Valdenses y Turlupinos

En el siglo XII prosperaba en el norte de Francia y en Flandes la secta de los Valdenses (Vaudois), cuyo origen no es bien conocido. Los Valdenses, apodados también "Kloeffers" por usar zuecos, cumplían las primitivas costumbres cristianas, practicando además la comunidad de las mujeres. A pesar de su sensualismo desenfrenado, los Valdenses eran buenos, leales, valientes y de una generosa fraternidad entre ellos. Se creía que practicaban todas las brujerías, atrayendo las desdichas sobre la población. El clero católico desató contra ellos una terrible persecución. Un renegado de los Valdenses, Roberto el Búlgaro, fue nombrado inquisidor de Flandes por el papa Gregorio IX. Los partidarios de la secta eran quemados vivos en la pira, o se les enterraba vivos, incluso a los niños. Una vez fueron quemados todos los cosechadores de la aldea de Vosselaere. Otra vez, los habitantes de una aldea de herejes fueron víctimas de las abejas: se les reunió, desnudándolos y untándoles de miel sus cuerpos, y millares de abejas se lanzaron sobre ellos, tras de haberse volteado y saqueado algunas colmenas. No obstante, esos infelices que calzaban zuecos no hacían uso de armas y hasta se negaban a defenderse; no querían practicar la violencia bajo forma alguna. Ellos conservaron la concepción de una vida sincera, dando rienda suelta a los placeres y ayudándose mutuamente. Pero los defensores de la virtud y de la pureza católica competían entre sí en crueldades y rapiñas; quemaban, masacraban, torturaban con sadismo a los que no aceptaban el yugo eclesiástico.

En 1411 se señaló una nueva herejía: la de los "Hombres de Buena Voluntad". Uno de los dirigentes de la secta, el profesor de teología Guillermo de Hildernisse, se retracta tras la intervención del obispo de Cambrai. La "herejía" es continuada por un laico de Bruselas, Gil Cantoris. Estos sectarios repudiaron el ritual eclesiástico, pues tenían la convicción de que Dios no pide otra cosa a sus criaturas que satisfacer todas sus pasiones,

aun las corporales. Practicaban la comunidad de los bienes y también de las mujeres. Al llevar la comida a los pobres, andaban desnudos por las calles de Bruselas; parecía que la población estaba de su parte, por el hecho de haberse sublevado contra los obispos, cuando éstos llegaron a combatirlos con las muy conocidas armas de la Inquisición.

Los Turlupinos constituían la secta “Hermandad” o “La Sociedad de los Pobres”. Emparentados con los “Hombres de Buena Voluntad”, se creían exentos de toda hipocresía, hasta el punto que, en pleno día, “tenían públicamente relaciones con las mujeres”. Los Picardos o Adamitas tenían prácticas similares. Como descendientes de Adán y Eva, preferían andar desnudos; los vestidos eran considerados como signos de esclavitud y de pecado. Tolerados en Flandes, los Adamitas fueron perseguidos en Bohemia por los Hussitas, quienes se mostraron tan poco tolerantes como los católicos. En 1451, mujeres adamitas subían a la pira riendo y cantando. Ellas gritaban: “Los que andan vestidos no son hombres libres.”

El “nudismo” era popular en Flandes. En pleno verano, tanto los campesinos como las campesinas trabajaban desnudos en el campo. En la *Biblia rimada* de Merlant, de 1369, son descritas semejantes escenas. La implacable represión contra el nudismo fue iniciada por Margarita de Austria y María de Hungría. En general, todas las sectas “herejes” practicaban un cristianismo más real que el que caracteriza a la Iglesia católica. Mientras los “herejes”, obedeciendo las leyes naturales, cultivaban la fraternidad, la ayuda mutua y una moral que llegaba hasta la no-violencia, los dignatarios de la Iglesia católica llevaba una vida escandalosa, pues mantenían la prostitución, tenían timbas y “casas de tolerancia”, luchaban como los guerreros profesionales y martirizaban horriblemente a los que osaban consagrarse directamente a Jesús, sin su intervención.

Los Templarios

La Orden militar y religiosa de los Templarios se estableció en las cercanías del templo de Salomón, en el palacio de Beau-

douin II, rey de Jerusalén. Constituida al principio por nueve cruzados, esta Orden debía ser una especie de gendarmería en Palestina. Habiendo obtenido sitios privilegiados en la Iglesia, los Templarios acumularon riquezas inmensas. En la época de Felipe el Hermoso, su poder estaba en apogeo. Circulaban extraños rumores acerca de ellos; se decía que practicaban la sodomía y que habían hecho suyas las costumbres idolátricas de los orientales. Esto fue suficiente para que el rey de Francia y su amigo, el papa Clemente V, disolvieron la Orden de los Templarios mediante el Concilio de Viena. Evidentemente, sus riquezas fueron confiscadas en beneficio de la casa real.

Un proceso célebre, de Santiago de Molay, el gran maestre de los Templarios, llevó al “descubrimiento” de las costumbres de esos caballeros. Las declaraciones logradas mediante torturas carecen de valor. Las acusaciones de sodomía, de inversión, de adoración satánica, atribuidas a los Templarios, no se hallan fundadas en prueba alguna. Se decía que el reglamento de la Orden impedía las relaciones sexuales entre caballeros y damas, y que eran permitidas entre camaradas. Se decía también que los Templarios adoraban un ídolo misterioso llamado Bafomet, deformación evidente del nombre de Mahoma (Mahomet). Las declaraciones arrancadas a los acusados eran contradictorias. La iniciación en la Orden tenía un carácter satánico; esto es lo que resalta de la declaración de Hugo de Boris, quien fue objeto de besos vergonzosos cuando fue introducido en la Orden. Santiago de Molay fue quemado en la pira, conjuntamente con otros 15 caballeros. Desde la pira, él invitó al rey y al papa ante “el tribunal de Dios”, en el mismo año. Ambos fallecieron en el mismo año, probablemente por remordimiento, sugestionados por la profecía de su víctima. Si no se puede establecer la verdad acerca de las costumbres de los Templarios, la historia estableció que Felipe el Hermoso y el papa Clemente V codiciaron las riquezas de los Templarios. Para poder confiscarlas, cualquier pretexto era bueno. Alejaron a los dirigentes de la Orden, y los 30 ó 40 mil simples caballeros “fueron condenados a castigos canónicos”.

El erotismo islámico

El islamismo, la religión del cercano Oriente y de una parte de África y de Asia, fue impuesto por el sable. Su monoteísmo rígido, su disciplina dogmática provocaron con frecuencia revueltas entre los que no olvidaron el culto voluptuoso del paganismo oriental. Una de las sectas más curiosas del mundo islámico es la de los ismaelitas (Ismailiejos), más conocida con el nombre de "hachichines", vale decir: los que fuman hachich. La celebridad de la secta estaba en su apogeo en los tiempos de las Cruzadas, cuando el gran maestro Rashid Sino (el Viejo de la Montaña) contaba con numerosos fanáticos, listos para cumplir las más peligrosas acciones, si la secta se encontraba amenazada. Su religión era secreta, tendiendo a conciliar las enseñanzas de Mahoma con las de Zoroastro. Ella conservó también algunos ritos de los viejos cultos sirios. En el siglo XI, cuando las persecuciones de los emires se agravaron, los "fidavistas" devotos del gran maestro de la secta, pusieron de relieve su extraordinaria tenacidad, sabiendo infringir la porfía de los emires. Una simple advertencia, una hoja fijada en la pared con un puñal era suficiente para frenar la tiranía de los emires. Los ismaelitas se impusieron también a los Cruzados; establecieron tratados de paz con Ricardo Corazón de León y con Saladino.

En los jardines del gran maestro, los "fidavistas" fumaban hachich: esto constituía una recompensa por su devoción. Tenían sueños paradisiacos. Pero ellos tenían también ritos eróticos, practicando la comunidad sexual. Primero escuchaban pasajes del Bir Sadin, su libro doctrinario; se prosternaban luego ante una muchacha desnuda, que permanecía inmóvil en un pedestal, y apoyaban su cabeza sobre "el sagrado triángulo". En otras reuniones, en la oscuridad, los hombres y las mujeres se emparejaban en una especie de delirio sacro. Igual que ciertas sectas erótico-cristianas, los ismaelitas celebraban esos ritos en un místico recogimiento, sin impulsos desenfrenados. Los antiguos paganos, como los griegos y "adonisianos" de Byblos, practicaban también la prostitución sagrada. La secta hindú del saktismo posee ritos similares.

El ismaelismo y el saktismo tienen el culto del principio femenino, fuente de la vida. El emparejamiento de los sexos simboliza la eternidad. Algunos de los versículos de "la gran enseñanza del venerable amo Rashed el Edin" indican con precisión este principio: "Dios ha dicho: El olivo no se encuentra ni en el Oriente ni en el Occidente; se halla entre las rodillas y el ombligo. La verdad, todas las verdades, son Kaf y Sin" (sexo femenino).

Este culto es de origen persa, del siglo IX. En la época de Omar Khayyam, de los sufis y hachichines, se puso de manifiesto la primera reacción religiosa contra el ascetismo de Mahoma. Se conocen las poesías de Khayyam, quien cantó a los jardines, al hachich, al vino y también a las mujeres, no solamente por su temperamento, sino por haber sido contrario a la gazmoñería musulmana. El epicúreo persa tenía de su parte toda la secta de los ismaelitas. Inclinandose ante las grandes fatalidades de la vida, sabían, al mismo tiempo, cultivar la voluptuosidad con libre devoción. El gran maestro de esta secta lleva el nombre de Aga Khan. Tiene su residencia en Bombay. Los adeptos están dispersos en India, Persia, Siria, Abisinia y también en algunos países europeos (Alemania, Inglaterra). Formando una sociedad espiritual, al margen de la temporal, los ismaelitas están ligados por la devoción al jefe supremo. Tienen más bien una apariencia aria que semita; son de origen iranio; algunos creen que su origen se debe al mestizaje de la raza indígena con los Cruzados de la Edad Media.

Represión de la lujuria

En la Edad Media la justicia era de dos clases: civil y eclesiástica. Se complementaban recíprocamente, pero con frecuencia se contradecían o se disputaban el poder. En lo que respecta a la prostitución, que era aceptada como una fatalidad, había severas prescripciones. Las ramerae estaban ubicadas en determinado barrio o en ciertas calles; llevaban una vestimenta especial y no tenían el derecho de valerse de ciertos adornos; pieles o colores reservados a las "damas honestas". No podían llevar cinturones de oro, vestidos de cola o cuellos, etc. Si no respe-

taban estas prescripciones, se las "flameaba": se les quemaba con una antorcha todos los vellos del cuerpo. Luego se les azotaba y exhibía en público. En la espalda se les colocaba un cartel en el cual se inscribía su culpa. Estaban tocadas con boinas y plumas. En Burdeos, las prostitutas culpables eran encerradas en una jaula de hierro y sumergidas repetidamente en el río; después se las llevaba al hospital, donde terminaban sus días. Las intermediarias, las empresarias de las casas públicas, también eran severamente castigadas. Todos los suplicios eran buenos para ellas. A veces se las marcaba al rojo en la frente, en el brazo y otras partes.

El adulterio se castigaba con la decapitación (en Flandes). A la mujer adúltera se le enterraba viva. El infanticidio determinaba la pena capital. Los lujuriosos eran objeto de castigos humillantes y cómicos. En el tiempo de San Juan de Acre, en Siria, un caballero francés, al ser sorprendido con una ramera en una postura obscena, tuvo qué elegir entre dos castigos: ser expulsado del ejército del rey o desfilar ante la tropa vestido únicamente con la camisa, siendo tirado por la prostituta de un piolín atado en la parte con la cual había pecado. El caballero prefirió abandonar el ejército. Este castigo regía a la sazón también en Bélgica.

La represión de la lujuria en la Edad Media era generalmente implacable. Los jueces incurrían frecuentemente en delitos similares a los de los acusados. Por eso ocurría que ellos —en ciertas circunstancias— tenían qué pasar la esponja, perdonando a los lujuriosos, que eran víctimas de su naturaleza hipersexual.